

Aquí termina el reinado de los reyes Católicos y la brillantísima época conocida en la historia por la Edad Media. Si esta fué sumamente gloriosa para las armas españolas, no lo es ménos la siguiente que vamos á narrar en los capítulos sucesivos.

---

CAPITULO XXI

EDAD MODERNA.

Dinastía austriaca.—Felipe el Hermoso.—Regencias de D. Fernando y los Cardenales Cisneros y Adriano.—Gloriosa expedición al Africa.—Conquista de Navarra.—Engrandecimientos en América y Nápoles.—Carlos I.—Los Comuneros.—Batalla de Pavia.—Triunfos en Italia.—Victorias en Africa.—Felipe II.—Batallas de San Quintín y Gravelines.—Combate naval de Lepanto.—Insurrección de los Países-Bajos.—Anexión de Portugal y Filipinas.—Muerte de las libertades aragonesas.

Como no es posible determinar, con matemática exactitud el instante preciso en que termina la *Edad Media* y principia la *Moderna*, toda vez que semejante transición no fué, ni pudo ser, obra de un momento dado, sino consecuencia lógica de varias causas que influyendo poderosamente en la rápida marcha del progreso, hicieron entrar al género humano en un nuevo y florido camino de brillantes adelantos, resulta que diferentes autores han sostenido diversas opiniones

al establecer la division entre una y otra de las referidas épocas. De todas estas opiniones aceptamos nosotros, como la más fundada segun nuestro criterio, la que hace arrancar la *Edad Moderna* de la muerte de Isabel la *Católica*, acaecida en 26 de Noviembre de 1504, segun dejamos consignado al final del capítulo precedente. Partiendo, pues, de esta fecha continuaremos extractando los hechos más notables que resultan en las brillantes páginas del inmortal libro de las glorias españolas.

El fallecimiento de la *Católica* Isabel dió lugar á que las Córtes de Toro proclamasen en 1506 como reyes de España á Doña Juana, hija primogénita de los *Católicos*, y á su esposo D. Felipe el *Hermoso*, y como sucesor de estos á su hijo el principe D. Carlos; debiendo nó obstante el rey viudo D. Fernando conservar la regencia, segun lo dispuesto por Doña Isabel en su testamento y como consecuencia de la incapacidad de Doña Juana y de la ausencia de su esposo, á la sazón en Flandes.

Al regresar éste, apoyado por una gran

parte de la inquieta nobleza, que no podia sobrellevar el carácter enérgico de D. Fernando, reclamó el gobierno de Castilla, que su suegro, el regente, le entregó retirándose á sus Estados de Aragón.

Con el advenimiento de Felipe I (el *Hermoso*) al trono de Castilla se inició en España la *dinastia austriaca*, si bien este reinado fué sumamente corto; pues á los dos meses de dar principio falleció Felipe, y agravada notablemente por tan hondo sentimiento la demencia padecida por su viuda Doña Juana, fué D. Fernando nuevamente llamado por aquella parte de la nobleza que seguia las inspiraciones del Cardenal Jimenez de Cisneros á ocupar la regencia del reino.

En 1507 dió principio este segundo periodo de la regencia de D. Fernando; periodo tan glorioso para las armas españolas que durante él (en 1509) se incorporaron á nuestras posesiones del reino de Nápoles las ciudades de la Calabria cuyo dominio tuvieron hasta entonces los venecianos, contra quienes el Papa Julio II habia organizado la cé-

lebre *Liga de Cambray*, mientras que el Cardenal Cisneros, ayudado por el valiente Pedro Navarro, realizaba una gloriosa expedición al Africa que dió por resultado la conquista de Oran y la sumisión al pendon cristiano de las importantes ciudades de Trípoli Argel, Túnez y Tlemecen.

En la misma época el regente D. Fernando formó con el Papa Julio II *La Liga Santa* contra los franceses, cuya inmediata consecuencia fué la conquista de Navarra, realizada por el Duque de Alba en 1515, con la cual quedó definitivamente consolidada la unidad nacional, obra gigantesca en la que se habían empleado tantos y tan poderosos esfuerzos, y por la que tantos arroyos de sangre española habían corrido en los campos de la patria.

En 1516 falleció en Madrigalejo (Cáceres) D. Fernando, á quien la historia hace señalada justicia por sus grandes talentos y hábil política, que empleó en colocar á España á la cabeza de las Naciones europeas; si bien nunca le perdonará la cruel ingratitud usada por él contra Cristóbal Colon y Gon-

zalo de Córdoba, los dos personajes mas célebres de su reinado, los que más contribuyeron á la gloria y esplendor de su corona y á quienes dejó morir en el más completo abandono, en el mas lamentable olvido, el primero en Valladolid y el segundo en Córdoba, por mas que los inmortales hechos realizados por estos esclarecidos varones vivirán eternamente en la memoria de todos los buenos españoles.

Al morir el rey *Católico* dejó por universal heredero de todos sus Estados á su nieto D. Carlos de Austria, disponiendo que el Cardenal Cisneros los gobernase hasta que dicho príncipe viniese á España y saliera de la menor edad.

Durante la breve regencia del Gran Cardenal, el destronado rey de Navarra Juan de Albret, fuertemente apoyado por los franceses, hizo una tentativa para recuperar su perdido trono; pero el esforzado capitán Villalva, al frente de un denodado cuerpo de tropas aragonesas y castellanias, rechazó al Pretendiente. Mientras tanto el ejército expedicionario de Argel, mandado por Diego

de Vera, sufría lamentables aunque honrosas derrotas combatiendo contra el terrible y sanguinario Barbaroja (1516 y 17).

Pocos meses despues (el 8 de Noviembre del último año citado) el príncipe D. Carlos desembarcaba en las costas españolas, y el famoso conquistador de Oran exhalaba su postrer suspiro.

Escasos diez y siete años de edad contaba Carlos I cuando en 1517 tomó posesion del trono de sus abuelos los reyes *Católicos*, siendo recibido por el país con marcada prevencion á causa de su origen extranjero.

Poco despues de haberse ceñido la corona de Castilla fué llamado á ocupar el trono imperial de Alemania, para cuya toma de posesion solicitó y obtuvo de las Córtes españolas un cuantioso subsidio, infringiendo con ello las leyes del país y empleando la seducion y la violencia para arrancar á los Procuradores el don solicitado. Conseguido su objeto partió en 1520 para Alemania, encomendando la regencia de Castilla al Cardenal Adriano de Utrech, su antiguo ayo.

El general descontento producido por los

abusos de Carlos, de su regente y de los *flamencos* que les rodeaban, los cuales asaltando los más altos puestos del Estado trataban á la heroica nacion española como país de conquista, dió lugar á la guerra llamada *de las Comunidades*, promovida por las ciudades mas importantes del reino, que se confederaron para defender en el campo de batalla sus pisoteados fueros é inmunidades.

Iniciada la lucha, Segovia y Zamora castigaron de muerte la cobardía ó deslealtad de sus Procuradores; la primera de estas ciudades resistió heroicamente el impetuoso ataque del ejército realista, y Medina del Campo fué entregada á las llamas por los soldados del emperador-rey.

No por esto decayó en lo más mínimo el animoso entusiasmo de los defensores del pueblo, que se hallaban resueltos á morir antes que tolerar por más tiempo las horribles demasías, los incalificables atropellos de que eran inocentes víctimas. Y tal vez hubieran conseguido con la fuerza de su derecho y el empuje de su cívico valor, imponerse á los déspotas austriacos si no hu-

bieran sido cruelmente engañados por una gran parte de la nobleza que les apoyaba en sus legítimas pretensiones, y que envolviéndolos en las redes de una vil traicion les dejó abandonados pasándose al campo realista; lo que motivó que en la sangrienta batalla de Villalar, librada el 23 de Abril de 1521 sucumbieran los heroicos *Comuneros* y con ellos las libertades castellanas que quedaron sepultadas en aquel ensangrentado campo. Sus valientes caudillos Padilla, Bravo y Maldonado fueron decapitados; Acuña, el intrépido Obispo de Zamora, ahorcado de una almena del Castillo de Simancas; y aunque la esforzada viuda de Padilla, Doña Juana Pacheco, resistió con enérgico teson y valor incomparable en Toledo, sucumbió igualmente, quedando completamente ahogada en sangre la patriótica insurrección popular.

En Valencia y Mallorca tuvo tambien lugar por aquel entonces un movimiento, marcadamente socialista, de la asociacion ó *Hermanidad* de las clases trabajadoras contra la nobleza; y vencido, como en Villalar el pue-

blo por la superioridad de las tropas, con estos dos triunfos creció el orgullo del monarca y sus secuaces, se consolidó fuertemente el fiero despotismo de la corona, y se forjaron las cadenas que por más de tres siglos, habian de oprimir al denodado pueblo español.

Tales fueron los primeros hechos de Carlos I de España y V de Alemania; hechos en alto grado lamentables, que tuvieron su compensacion en las heroicas conquistas del poderoso imperio mexicano y el no menos rico del Perú, realizadas, la primera por Hernan Cortés en 1519 y la segunda por Francisco Pizarro y Diego de Almagro en 1521, las cuales por su importancia capital merecen les dediquemos un capitulo aparte.

Tambien en 1520 fueron descubiertas las Islas Marianas y Filipinas por el valiente marino portugués Fernando Magallanes, que á la sazón se hallaba al servicio de España; y muerto éste en su gloriosa expedicion, le reemplazó en el mando el célebre vizcaino Juan Sebastian Elcano, quien continuando su viage dobló el *Cabo de Buena Esperan-*

za, siendo el primero que dió la vuelta al mundo. La rivalidad existente entre Carlos I de España y Francisco I de Francia, pretendiente también al trono alemán; la desmedida ambición personal de ambos soberanos, que respectivamente aspiraban á una absoluta preponderancia en Europa, y la disputada posesión del Milanesado y *Ducado de Borgoña*, produjeron entre España y Francia una formidable lucha que por espacio de veinte y ocho años habia de envolver á una gran parte de los pueblos europeos.

Ardiendo en impacientes deseos de venir á las manos, el monarca francés halló un pretexto auxiliando á Juan de Albret, que intentaba recobrar su perdido trono de Navarra; pero el ejército invasor, que procedente de las antiguas Galias pisó el heróico suelo vasco-navarro en 1521, sufrió la misma suerte que el mandado en otro tiempo por el valiente Carlomagno, siendo totalmente batido por los españoles en la reñida batalla de las Navas de Esquiroz (30 de Junio de 1521) y obligado á repasar los Pirineos en completa dispersion.

Mientras tanto, las tropas imperiales se apoderaron del ducado de Milan, (1522) y tres años más tarde, los denodados españoles, acaudillados por el marqués de Pescara, conseguían en la célebre batalla de Pavia (24 de Febrero de 1525) uno de sus más señalados triunfos, derrotando completamente á los franceses, matándoles 10,000 hombres de infantería y la flor de su nobleza, haciendo prisionero á su rey y conduciendo á éste á Madrid, donde suscribió un tratado que por entonces puso á la guerra un término que no tuvo otro carácter que el de una corta tregua; pues Francisco I en el momento que se vió en libertad rompió el pacto y se unió á la *Liga Clementina*, organizada por el Papa Clemente VII contra el emperador, lanzándose nuevamente á la lucha sediento de venganza.

Esta segunda guerra presentó á los valientes españoles ocasión de enriquecer el cuantioso caudal de sus inmarcesibles glorias; pues llegaron aquellos hasta apoderarse de Roma, (28 de Mayo de 1527) hacer prisionero al Pontífice y obligar a la *Liga* á decla-

rarse impotente para continuar la lucha que terminó en 1529 por efecto de la *paz de Cambray*.

Aún no estaba la Europa repuesta del indescriptible asombro que tales hechos le causarían, cuando el terrible pirata Barbaroja, apoderado de los Estados bérberiscos y fuertemente apoyado por la Turquía, principió á inspirar serios temores á toda la Europa cristiana. Entonces los españoles corrieron al Africa, deseosos de medir las armas con las del formidable coloso, y al llegar al Africa derrotaron en 1525 al intrépido Barbaroja: restablecieron á Muley Asan, como feudatario de España, en el trono de Tunez, y salvaron nuevamente la comprometida causa de la cristiandad.

Poco escrupuloso Francisco I en la observancia de los tratados, rompió en 1536, por tercera vez, las hostilidades contra Carlos, aprovechándose de la invasión de éste en Hungría para rechazar á Soliman *El Magnífico*; pero nuevamente vencidos los franceses en varios combates parciales, terminó en 1538 la campaña, por intervencion del

Papa Paulo III, que ajustó entre ambos competidores la tregua de diez años llamada de *Niza*.

En 1540 estalló la formidable rebelion de Gante, que Carlos consiguió reprimir; y al año siguiente dispuso el emperador una nueva expedicion al Africa, que llegó á desgraciarse al ser la armada española destruida por una horrorosa tempestad.

Renovada en 1543 la guerra con Francia, apoyaban á Francisco I Soliman *el Magnífico* y Barbaroja, y á Carlos V Enrique VIII de Inglaterra. Solo dos años duró esta, que indudablemente hubiera sido muy desastrosa para la Francia, no obstante el triunfo de sus armas en la sangrienta batalla de *Cerisoles*, (21 de Mayo de 1544) á no haber ocurrido el levantamiento del partido protestante de Alemania, que obligó al emperador á ajustar el 16 de Octubre de 1544 con el prisionero de Pavia la *paz de Crispy*, por éste solicitada.

Entonces Carlos V corrió á combatir á los protestantes alemanes, á quienes despues de una larga y cruenta lucha en que los espa-

ñoles se distinguieron admirablemente, derrotó por completo el año 1547 en la batalla de Muhlberg.

Cansado el emperador de su azarosa vida, durante la cual la conquista de tantos laureles había desangrado á España, abdicó en 25 de Octubre de 1555 la corona de Alemania en favor de su hermano Fernando, y la de España en su hijo Felipe; retirándose al Monasterio de Yuste, donde permaneció hasta el 21 de Setiembre de 1558 que bajó al sepulcro dejando á la nacion aniquilada bajo el peso de sus glorias militares, empobrecida por tantas campañas y aherrojada por el fiero despotismo de sus mandarines; pero admirada, y con razon temida del mundo entero que contemplaba estático su deslumbrante é irresistible poderío.

Y esta admiracion y este temor eran muy naturales; porque bajo el punto de vista de la preponderancia por medio de las armas, España á la abdicacion de Carlos I constituia el más vasto imperio de todo el Universo. Además de sus dominios en la Península, tenia los de *Nápoles, Sicilia, Cerdeña,*

*Milanesado, Rosellon, Franco-Condado y Paisés-Bajos, en Europa, Túnez, Oran, Islas de Cabo Verde, Fernando Póo y Santa Elena* en Africa, y las ricas y dilatadas posesiones del *Nuevo Mundo*. Territorios tan extensos justificaban la frase de que el *sol no se ponía en los dominios españoles*.

Tal era el reino cuya corona heredara Felipe II, el político más sagaz de su siglo, quien desde el momento en que empuñó el cetro de su padre, determinó sacar el más ventajoso partido de los poderosos recursos que en su mano tenia, aspirando á conseguir aún mayor preponderancia en los destinos de la Europa entera.

En breve tuvo el nuevo rey de España una brillante ocasion de probar sus aptitudes, el incomparable valor de sus aguerridas tropas y los grandes talentos de sus esclarecidos capitanes; pues coaligados en su contra el soberano de Francia, Enrique II, y el papa Paulo IV, que anhelaban arrancar al trono de Castilla el dominio de Nápoles y de la Lombardia, las armas españolas ácaudilladas por el Duque de Alba, penetraron en los



Estados Pontificios, donde en alas del triunfo llegaron hasta las puertas de Roma, obligando al atribulado Papa á solicitar un armisticio; en tanto que los franceses eran victoriosamente rechazados de Nápoles y completamente derrotados por el Duque de Savoya en la memorable batalla de *San Quintin*, librada el 11 de Agosto de 1557, en conmemoracion de cuya gran victoria se construyó por orden de Felipe II el magnífico monasterio del Escorial, dedicando el templo á San Lorenzo, por ser este el dia en que se verificó el combate.

Tan renombrado hecho de armas dejó consternados á los franceses, de quienes se separó el Papa, temeroso de perder sus Estados, firmando la paz con España.

Despues de una nueva lucha con Inglaterra y Francia, y triunfantes los españoles en la renombrada batalla de *Gravelines*, se estipuló á primero de Abril de 1559 el tratado de *Chateau Cambresis*, que puso feliz término á una sangrienta guerra de medio siglo entre España y Francia; cuyo tratado fué sumamente ventajoso para nuestra pa-

tria y dió origen al matrimonio de Felipe II con la princesa Isabel, hija de Enrique II.

En 1564 la escuadra española derrotó á los piratas turcos, hizo levantar el sitio que el rey de Argel habia puesto á nuestras plazas en Africa, y se apoderó del *Peñon de Velex*.

El incomparable rigorismo de las medidas adoptadas por Felipe II para cortar la propagacion de las doctrinas luteranas en los *Paises-Bajos*, hizo que en 1567 estallase en aquellas apartadas provincias una imponente insurreccion, y para sofocarla fué enviado el Duque de Alba con plenos poderes de Felipe. Torrentes de sangre inundaron el poético suelo de aquel bello país en los seis años que duró el despótico gobierno del Duque; (1568 á 73) los principales caudillos de la rebelion fueron decapitados ó proscritos, y el movimiento insurreccional quedó por el pronto sofocado volviendo los insurgentes á prestar obediencia al soberano español. Este determinó entónces, con muy buen acuerdo y mejor juicio, cambiar de politica, sustituyendo con la persuacion y los medios sua-

tes, el terrorismo empleado por el Duque de Alba, á quien sucedió en el gobierno de aquellos países el esclarecido D. Luis de Requesens.

Sublevados igualmente en 1568 los vejados y oprimidos moriscos que aún quedaban en España, se refugiaron en las espesuras de las *Alpujarras*, donde por espacio de tres años sostuvieron una horrible y desesperada lucha que terminó D. Juan de Austria, hijo natural de Carlos I y enviado por Felipe II para sofocar la rebelion, lo que al fin consiguió sometiendo á los vencidos á las más duras condiciones.

Mientras tanto la Turquía con el engrandecimiento de sus Estados, los señalados triunfos de sus armas y la importante conquista de la Isla de *Chipre*, llegó á alarmar profundamente á toda la cristiandad que otra vez veía sus intereses altamente comprometidos: España corrió á salvarlos, como ya lo hiciera en otras ocasiones, y entrando Felipe en la *Liga* formada por el Pontífice Pío V y Venecia contra los turcos, se aprestó una numerosa escuadra cuyo mando fué con-

go de Juan de Austria, quien acompañando á este combate naval del *Golfo de Lepanto* adquirió el día 7 de Octubre de 1571 tan señalado triunfo que derrotando completamente la poderosa flota turca, anonadó para siempre el predominio marítimo de la Turquía. Tan importante victoria colmó de merecida fama el esclarecido nombre de D. Juan de Austria y el no ménos ilustre del verdadero héroe de ella D. Alvaro de Bazan, Marqués de Santa Cruz; pero nos costó muy sensibles pérdidas, entre ellas la de un brazo del inmortal Cervantes que allí peleaba como simple soldado. La armada turca perdió en el combate 160 galeras; tuvo 30,000 muertos, 10,000 prisioneros y 12,000 cautivos, que de remeros le servían.

Renovada la lucha con los Países-Bajos, D. Luis de Requesens obtuvo muy notables triunfos sobre los sublevados que acaudillaba Guillermo de Orange; pero falleció en 1576 sin haber conseguido su completa dominacion, lo cual no es de extrañar tratándose de pueblos que como aquellos defendian con temerario valor la independenciam de su

... a; la santidad de sus hogares. Duque de sus principios religiosos. Igual resacaóo consiguieron los sucesores de Requesens D. Juan de Austria y Alejandro Farnesio: el primero falleció en 1578 sin obtener el definitivo resultado que se propusiera, y el segundo se cubrió de gloria en los combates, pero no pudo evitar en 1579 la pérdida de las provincias que hoy forman el reino de Holanda, ni en 1588 el horroroso desastre sufrido en las aguas holandesas por nuestra escuadra, llamada la *Invencible*.

En tanto que el ciego fanatismo de Felipe II y la refinada crueldad de sus favoritos daban lugar á que perdiésemos á Flandes, el heroico valor de los denodados *tercios* españoles, acaudillados por el Duque de Alba, nos hacia en 1580 dueños del dilatado y floreciente reino de Portugal, que con sus extensas é importantes posesiones en Asia, Africa y América del Sur, pasó á formar parte integrante de la poderosa monarquía española, la cual con este nuevo engrandecimiento y la adquisicion de las Islas *Filipinas* veía compensadas sus desmembracio-

go de Morres Ba... los... a este litoral... na manera... Tri... indgta. Al dis...

... mismo tiempo nuestras tropas mandadas por el Duque de Parma, obtenian muy notables triunfos en Francia, y resonaban por todos los ámbitos del mundo los écos de las glorias españolas; glorias empañadas únicamente por el sanguinario despotismo de Felipe II, quien con el pretexto de perseguir á su antiguo favorito Antonio Perez, hollaba los fueros de Aragon y heria en la más delicada fibra el corazon de los valientes y leales aragoneses, cuyas libertades hizo el despota caer envueltas en la ensangrentada cabeza de Lanuza.

En 1598 bajó al sepulcro este monarca, dejando á su hijo Felipe III completamente consolidado el poder absoluto del trono, engrandecido el país, y aumentadas las glorias nacionales; pero ahogadas en sangre las sacrosantas libertades españolas, cuyo esplendente sol alumbraba únicamente en el heroico suelo catalan y vasco-navarro.